

GRÍNOR ROJO

---

# Discrepancias de Bicentenario

# Índice

|   |     |
|---|-----|
| Prólogo   | 7   |
| ¿Independencias? ¿Bicentenarios?  | 13  |
| La democracia chilena del Bicentenario  | 25  |
| Campo cultural y neoliberalismo en Chile  | 41  |
| Paradojas de la banalidad   | 93  |
| Las universidades públicas chilenas   | 105 |
| La práctica, el estudio y la enseñanza de la literatura                             | 121 |
| “Prólogo” a <i>Recordar para pensar. Memoria para la democracia</i>                 | 131 |
| El “Día de la Raza”   | 137 |
| (Des) formación de ciudadanía y fracaso democrático en el Chile de la postdictadura | 153 |
| Saqueos   | 163 |
| <i>In promptu</i> de agradecimiento   | 171 |

## Prólogo

Estas son mis *Discrepancias de Bicentenario*, discrepancias con lo que está sucediendo en nuestro país cuando, después de habernos visto en la desdichada situación de soportar una larga noche de oscurantismo económico, político, social, cultural y moral, que se extendió durante diecisiete años nada menos, me resulta evidente que en los veinte que les siguen nuestra existencia colectiva ha transcurrido a media luz. Augusto Pinochet está aún con nosotros, reconozcámoslo. No de la misma manera, es cierto. La brutalidad criminal de su régimen quedó, en buena medida (no completamente, por lo tanto, y ya se verá por qué lo digo), atrás. También han mejorado en nuestro país las condiciones de vida. Hay menos pobreza en los hogares; los chilenos, la gran mayoría, comemos tres veces al día; nuestros jóvenes, la gran mayoría, se encuentran más o menos protegidos; hay más salud pública; hay más educación pública; las pensiones mejoran; las “soluciones habitacionales” se están aproximando poco a poco al nivel de la decencia; hay incluso más cultura, al menos de la clase que les interesa desarrollar a quienes se encargan de las políticas públicas en este sector. Y podría seguir...

Pero nada de eso borra la huella sucia de Pinochet.

Todo se hace a medias, como pidiéndole permiso a ese fantasma que se resiste a tomar nota del muro que separa a los vivos de los muertos. El Chile de la postdictadura obedece “en general al general”, como lo expongo algunas veces y lo sugiero en otras en los once ensayos que integran este volumen. Obedece, para ser más exacto, a la regla de la “repetición con variaciones”, que tan bien conocemos los lectores de poesía y también los músicos. Un “tema” único se reproduce a todo lo largo de la pieza

de múltiples maneras, que coquetean con él caprichosamente o se alejan de él desobedientemente pero reteniéndolo en cualquiera de los dos casos como si él fuera el trasfondo que establece los límites de sus alejamientos. En Chile, en los últimos veinte años, se han modificado muchos de los peores aspectos del *statu quo* anterior, eso es algo que nadie puede negar, pero nadie puede negar tampoco que la plataforma que sostiene al sistema en su conjunto se mantiene sin cambios de fondo. Esa plataforma está constituida no tanto por el modelo económico neoliberal, según piensan algunos (el modelo económico neoliberal es él mismo, desde el punto de vista de los ensayos que incluye este libro, también una de las variaciones a las que aludí más arriba), como por una idea de la existencia humana, de lo que el ser humano es y debe ser, perversa. Consiste ésta en dar por supuesto que en nuestra relación con el otro ese otro es, siempre e infaliblemente, además de un competidor *de facto*, un agresor en potencia y, por lo tanto, una amenaza respecto de la cual debemos no solo ponernos en guardia sino, mostrarnos dispuestos, cuando las circunstancias así lo requieran, a hacerla desaparecer. Por supuesto que esto está, que no puede menos que estar, correlacionado con un desprecio profundo por todos aquellos que ni compiten ni agreden. Como reflexiona Kathya Araujo en una investigación publicada hace no tanto tiempo, el abandono del principio de la igualdad, la “ceguera respecto del ‘otro’ pobre” y la certeza de que el mundo está dividido entre “los que cuentan” y los que no cuentan son rasgos indisociables de nuestro habitar hoy “lo social”. El resultado es que “para los sectores de menores recursos, la experiencia cotidiana es un aprendizaje ordinario y permanente del abuso, de todos contra todos y por doquier, una generalización tal que termina por envolverlos –salvo en momentos de lucha social– en un manto de desencanto colectivo”, mientras que “para las clases medias, y sin que lo anterior esté ausente, lo que prima es una experiencia individual de amargura”<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Araujo, Kathya. *Habitar lo social. Usos y abusos en la vida cotidiana en el Chile actual*. Santiago de Chile. LOM y Oxfam, 2009, pp. 230 y 231.

Se trata, como vemos, de un extremismo económico, *pero también de un extremismo cultural*, que involucra a los modos de la convivencia ciudadana y cuyas semillas se plantaron en nuestra conciencia colectiva hace más de treinta años. Los frutos de esa siembra envenenada son los que estamos cosechando hoy a manos llenas. Es el retorno a estas tierras de la tesis hobbesiana de “el hombre como el lobo del hombre”, cuando no de un darwinismo social que hizo estragos ya una vez en América Latina, durante la última parte del siglo XIX, cuando se lo privilegió por las razones supremacistas e imperialistas que todos sabemos, y que yo tiendo a creer que el propio Darwin no hubiese reconocido como suyo.

Mis *Discrepancias de Bicentenario* empiezan ahí. O sea que empiezan en el campo de la cultura *sensu lato*, el mejor espacio, a mi juicio, para la campaña de reactivación de la perspectiva ciudadana que me parece imprescindible emprender en Chile en estos tiempos, porque de ello depende la posibilidad de reestablecer en nuestro entorno el necesario equilibrio entre un crecimiento material, que existe, aunque esté mal distribuido, y el desarrollo de las *personas en tanto personas*. Creo, además, que los atizadores de esta campaña deben ser los intelectuales y, más precisamente aún, los intelectuales críticos. Equidistante por un costado del intelectual “orgánico”, al servicio éste de cualquiera sea la causa (y, por lo tanto, agente de una función simbólica legitimadora cuya verdad no es el fruto de sus propios hallazgos sino que le llega desde afuera), y por el otro del “experto”, el que se encarga del óptimo funcionamiento de los instrumentos y sin preguntarse jamás para qué ni para quiénes lo hace, la figura del intelectual crítico –frívolamente cuestionada durante los últimos años por la teoría crítica postmoderna– debe, sin embargo, reinstalarse entre nosotros y cuanto antes mejor.

Mi propuesta no difiere, en este sentido, de la que formuló el maestro dominicano Pedro Henríquez Ureña hace ya casi un siglo, cuando escribió en “La utopía de América” que los “hombres magistrales como Sarmiento, como Alberdi, como Bello, como Hostos, son verdaderos creadores o salvadores de pueblos, a veces

más que los libertadores de la independencia”<sup>2</sup>. Y tampoco difiere de la que formuló el palestino Edward Said hace solo quince años, en sus Reith Lectures de 1993, cuando les manifestó de viva voz a sus oyentes que para él constituía una prioridad el insistir en “la idea de que el intelectual es un individuo con un papel público específico en la sociedad que no puede limitarse al de ser un simple profesional sin rostro”. Sigue Said desarrollando su argumento: “Para mí, el hecho decisivo es que el intelectual es un individuo dotado de la facultad de representar, encarnar y articular un mensaje, una visión, una actitud, filosofía u opinión para y en favor de un público. Este papel tiene una prioridad para él, no pudiendo desempeñarlo sin el sentimiento de ser alguien cuya misión es la de plantear públicamente cuestiones embarazosas, contrastar ortodoxia y dogma (más bien que producirlos), actuar como alguien al que ni los gobiernos ni otras instituciones pueden domesticar fácilmente”. Y concluye el párrafo: “El intelectual actúa de esta manera partiendo de los siguientes principios universales: todos los seres humanos tienen derecho a esperar pautas razonables de conducta en lo que respecta a la libertad y la justicia por parte de los poderes o naciones del mundo; y: las violaciones deliberadas o inadvertidas de tales pautas deben ser denunciadas y combatidas con valentía”<sup>3</sup>.

Puestos los dichos de Said en nuestro suelo, a mí no me parece que tengamos que cambiarles ni una coma. El suyo es un raciocinio que –en una coyuntura en que el pensamiento hegemónico latinoamericano y mundial parece movilizarse en una dirección contraria– se niega a marchar con el rebaño y reafirma en cambio la vigencia y funcionalidad de este personaje que ha sido determinante en la historia de la modernidad, y cuya máxima virtud es la de ser poseedor de un juicio independiente y representativo, que se activa cuando los derechos universales de la persona son transgredidos y cuando hay individuos o

---

<sup>2</sup> “La utopía de América” en *Ensayos*, eds. José Luis Abellán y Ana María Barrenechea. México. ALLCA XX, Colección Archivos, y Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 269.

<sup>3</sup> Said, Edward W.. *Representaciones del intelectual*. Barcelona. Paidós, 1996, pp. 29-30.

instituciones que pueden identificarse como los culpables de tales transgresiones.

El Chile del Bicentenario es un Chile a media luz, como lo describí hace un momento. Hemos salido en parte de la tiniebla dictatorial, pero nos quedan aún muchas más oscuridades que alumbrar. Para ponerlo en el lenguaje de Said, no nos hemos sacado de encima totalmente las camisas de fuerza que constriñen el ejercicio de nuestra libertad y el trámite de nuestra justicia deja todavía mucho que desear (y demás está decir que no estoy hablando de “seguridad pública”). Esto es algo que cruza el cuerpo social de la cabeza a los pies, que no es azaroso y por cuyas causas es imperativo interrogarse. La cultura, que es la dimensión de ese cuerpo social cuyos alcances me interesa a mí discutir predominantemente en estas páginas, es la mejor caja de resonancia que ello tiene y, en consecuencia, un lugar de privilegio para iniciar cualquier pesquisa. Pero para eso habrá que partir de un par de presupuestos al menos: primero, deberemos ponernos de acuerdo en que las prácticas de la cultura son mucho más complejas de lo que la izquierda tradicional pensó. Más complejas porque existen en niveles variados, de los cuales la cultura sería o “en serio” es solo uno y, en los días que corren, ni siquiera el de mayor gravitación. Distinguir cuáles son esos niveles entonces, en qué consiste el papel que cada uno de ellos desempeña dentro de la estructuración contemporánea del campo, cuál es su peso específico y cómo se relaciona con los otros es, desde luego, un quehacer anterior e ineludible. En segundo lugar, es casi inoficioso que yo insista en que, para el tipo de visión que estoy tratando de proponer en mi libro, la cultura no solo no es la quinta rueda del carro, sino que es en su campo, precisamente, donde se están librando las grandes batallas del presente.

Leyeron el manuscrito y me hicieron sobre él sugerencias valiosas y que agradezco Ignacio Álvarez, Irmtrud König, Sara Rojo, María Olga Ruiz y Valentina Vega.

GRINOR ROJO